

Violencia y liberalismo. Martín Luis Guzmán. Madrid. Octubre de 1927.

La carnicería política mexicana de principios de octubre ha suscitado en España, naturalmente, dos opiniones contrapuestas: la de las derechas y la de las izquierdas. La opinión derechista parece haber razonado así: ¿No es Calles un trastornador del orden social clásico, un enemigo de la propiedad, de la familia y de la Iglesia? Entonces todo lo que hace merece censura, y la merecen, más que nada, las ejecuciones en masa de que se ha valido para acabar con el grupo político que se oponía al suyo. De modo análogo la opinión izquierdista parece haberse dicho: «Calles y Obregón son revolucionarios, luchan por destruir las bases del capitalismo, y el poder católico, y los viejos moldes sociales, ¿cómo no encontrar entonces que cuanto hacen está bien, incluso la matanza, en circunstancias abominables, de sus contrincantes políticos? Todavía en la última batalla anterior a ésta, Serrano y Gómez, y Obregón y Calles, se hermanaban en un mismo esfuerzo para acabar con enemigos comunes, se abrazaban cariñosamente en un mismo impulso de ferocidad; pero nada más plausible que Calles y Obregón maten ahora a Gómez y Serrano desde el momento en que éstos osaron apartarse de ellos y aun enfrentárseles». Y de este modo, un acontecimiento de trascendencia ampliamente humana, una serie de hechos cuyo solo relato basta para encarar a todo hombre de bien con sus nociones éticas más hondas, cae, por mero oportunismo partidarista, en la baja categoría de los argumentos favorables o desfavorables a la causa propia o ajena.

Por fortuna para la opinión derechista española, la mecánica de los sucesos —ya que no su espíritu— la ha puesto en este caso en el terreno del bien. Aunque sólo sea por hallarse del otro lado de la barricada. las derechas españolas han reprobado más o menos explícitamente, la orgía de fusilamientos ordenada por Calles. Pero no así las izquierdas. Éstas, por el mecanismo exterior que norma las posiciones de los partidos siempre que los partidos no son capaces de librarse de sus miras más estrechas, se han sentido en el caso de justificar lo injustificable, de aplaudir lo que está pidiendo oprobio. Particularmente algunos periódicos liberales —entre ellos varios de los que más se distinguen por su simpatía hacia México, simpatía muy de agradecer— han resbalado en forma casi incomprensible, aun considerada como mero extravío de sentimientos fervorosos. Diario ha habido que dijera, hablando de los fusilamientos de México, que la política del General Calles era ampliamente liberal a la vez que enérgica; para otro, todo lo sucedido se justificaba como defensa del pueblo de México ante el doble peligro clerical y norteamericano: y así los demás. Lo cual, en el fondo, sólo prueba que en España— como en el resto del mundo— el espíritu liberal está pereciendo en el más desastroso de los naufragios. Porque no sólo han renunciado a él los españoles que niegan valientemente los beneficios de las instituciones libres y tratan, con gesto franco, de sustituirlas por otras vigiladas e intervenidas; sino que tampoco lo practican siempre, tampoco lo viven en su esencia pura —no me refiero a las eternas excepciones— los sostenedores de la otra tesis: los que predicán la libertad y creen, de buena fe, estar luchando por ella.

Por nada de este mundo hubiera yo sido partidario de los generales Serrano y Gómez, ambos dócil instrumento, hasta hace no muchos meses, de los peores excesos obregonistas y callistas. A los dos, por otra parte, los conocí bastante de cerca para saber que hubieran aplicado a otros, sin el menor escrúpulo, el mismo complejo freudiano que los ha deshecho a ellos. (Y digo esto sin el menor deseo de que a Gómez, vivo aún, a lo que parece, le ocurra ningún daño serio). Porque es evidente que si Serrano y Gómez se hubieran visto en el caso de Calles y Obregón,

estos últimos habrían corrido, ni más ni menos, la misma suerte que ha convertido en polvo a los otros. Tal fue siempre la ley, bárbara e inapelable —en México, con fuerza autóctona—, que dirimió las contiendas a muerte entre parcialidades incompatibles, las luchas sin cuartel por apoderarse de un botín del que ninguno de los contendientes puede gozar si no extermina al contrario. Pero estas consideraciones naturalistas sobre los más bajos aspectos de la conducta de los hombres no deben ni endurecernos el corazón ni estrecharnos el horizonte al punto de volvernos a mentalidades primitivas. Eso no. Una cosa es reconocer que Serrano y Gómez arriesgaban la vida jugando a que los mataran de acuerdo con los cánones de su propia ley —a que los mataran como ellos han matado y querido matar a otros: y cosa muy distinta el no reprobador la carnicería una vez que se produce— sean los autores quienes fueren—, y, peor aún, el justificarla o aplaudirla en nombre de grandes ideales políticos.

Los periódicos liberales de España que no han fustigado enérgicamente a Calles por su arrebato sanguinario —arrebato es lo menos que se le puede llamar— han padecido un error tres veces lamentable: acaso no hayan mirado bien por su propio interés desde el punto de vista de la política interior española; no han servido con eficacia los nobles impulsos de su simpatía hacia México— puesto que a México no le conviene que se glorifique a gobiernos suyos que subsisten a fuerza de sangre; y han negado su liberalismo hasta trocarlo, esperemos que transitoriamente, por esa actitud sin heroicidad y sin grandeza, muy efectiva por de pronto y muy infecunda a la largo, que consiste en querer el triunfo de las ideas propios no a través de la derrota de las ideas contrarias, sino mediante el homicidio de quienes sostienen el modo de ver opuesto. Lo cual, entre liberales, no es triunfar: es derrotarse a sí mismo.

Cierto que la humanidad contemporánea se mueve en un ambiente de acción directa, y que si eso no excusa que todos tiendan a sumarse a la actitud general, por lo menos lo explica. ¿Qué resistencia ha de oponer a la coacción brutal de quienes sólo creen en el imperio de las fuerzas físicas, el hombre cuyo papel consiste, a la inversa, en dejar campo generosamente abierto a las aspiraciones legítimas de todos? El liberal ama ante todo la libertad y la ama por algo más que para ser libre él: la ama en sí misma— para que la libertad alcance, juntamente con él a todos los que la quieran o puedan quererla. De donde resulta que mientras el liberal, así movido, va repartiendo espíritu libre a manos llenas, la libertad de los no liberales es libertad para imponer tiranías. Entonces el liberal, por impaciencia, duda de las virtudes de su ideal como medio aunque crea en él como fin y cae en la flaqueza de practicar la tiranía en nombre de la libertad de hacerse anti-liberal por razones de táctica, de faltar cotidianamente a sus más íntimas convicciones para no ver disminuido el aparato ostensible de su causa. Todo ello ocioso cuando no contraproducente.

El caso de México no puede ofrecer dudas para nadie que crea en los derechos del hombre. Con el pretexto de una sublevación militar, en proyecto más que en obra, el grupo imperante en México ha fusilado a sus enemigos políticos sin formalidad legal de ninguna especie —violando los principios más elementales del derecho y toda la Constitución del país: —fusila militares, fusila civiles. Que los hombres que proceden así se llamen revolucionarios o reaccionarios comunistas o fascistas, el punto es indiferente. Desde cualquier bando y conforme a cualquier criterio que no nieguen las mejores calidades humanas, el hecho es igualmente reprehensible y punible. ¿Se puede hacer otra cosa que reprobadorlo?

Martín Luis Guzmán. Madrid. Octubre de 1927.